

813
H.

PQ 2276
.H7
C68



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid: 1884.—Imprenta de A. Pérez : Flor Baja, 22.

PREFACIO

LAS COMEDIAN TAS

Al recorrer el salón de un baile de máscaras, no el de la Ópera, sino en la casa de una mujer de mundo, nos ocurre á las veces conocer bajo la careta, y al primer golpe de vista, á alguna de nuestras amigas, y dirigirnos á ella, sin manifestar que la hemos conocido, para tener el derecho de decirle algunas verdades, porque el antifaz hace más atrevido al que adivina la persona que con él se encubre, que á quien le lleva delante de su rostro. Yo he puesto una máscara á la heroína de este libro. No es, á Dios gracias, porque quiera decir algo malo de esta incomparable Comedianta, sino para que mi pluma pueda mejor expresar la verdad.

Todo pasa, todo se borra, menos el recuerdo. Éste se apodera de las imágenes que huyen, flotantes nubes que aún dora el sol de la vida. ¿Por qué no conservar piadosamente, por medio del libro, el alma de cada generación, todo lo que hay del yo humano en los seres predestinados? Lo que nos conmueve en la historia no son las grandiosas descripciones de las guerras y las revoluciones; es la vida íntima de los filósofos, de los poetas, de los pintores, de los comediantes; es lo primero que se encuentra en el cestillo de los recuerdos; es la sabrosa fruta de la leyenda, rayo mágico que ilumina la noche del pasado.

Lo mucho que se ha hablado acerca de una célebre comediante de hoy día, me ha recordado otra ilustre de ayer, que desafía todas las glorias del teatro en el silencio de la tumba. ¿No ha llegado el momento de evocar esta radiante figura por dignidad del arte? Es menester presentar un ejemplo á todas aquellas que se creen artistas, cuando

no son más, en su mayor parte, que cortesanas ó principiantes.

Para juzgar á las comediantas, no es menester considerarlas bajo el mismo punto de vista que para juzgar al vulgo. Los nervios de todas esas criaturas, á quienes domina el sentimiento del arte, salen en defensa de su causa. El entusiasmo y el desaliento las devora. La mujer de mundo, que duerme sin zozobras en su hotel, no se ve dominada ciertamente por el demonio de la intranquilidad. Mucho más culpable es, sin duda alguna, que la comediante, si sale al balcón al oír el dulce canto de Romeo. Apoyada en las tradiciones de familia, educada en la austeridad de la religión, sostenida su femenina fragilidad por los ejemplos del deber, si sucumbe, su caída es mucho más profunda que las de esas dementes del mundo teatral, que no saben, al salir de la escena, si siguen representando el mismo papel que en ella. Embriagadas por las luces del proscenio, por las frases de la heroína

que representan, por las aclamaciones del público, sería menester ser una virtud inverosímil para detenerse en los límites marcados. Si ellas los traspasan, es más bien por el entusiasmo del arte que por las nocturnas alegrías de las voluptuosidades prohibidas. Si entraran siempre en su casa en busca de la soledad, ¿podrían continuar su lucha con lo imposible? ¿Se volverían á sentir, á la hora precisa, con esa fiebre dramática que las domina y que las mata, pero que les presta hasta lo último el aliento necesario para entregar hasta el postrer suspiro de esa vida extra-humana, que es la vida de la artista, á ese sultán sin piedad que se llama *público*?

Después de algún tiempo, toda la gente de pluma, tanto ellas como ellos, la elevan hasta las nubes ó la precipitan en el abismo. La hora no ha sonado aún de examinar á la comedianta en la verdad de la historia, sin romper, sin embargo, con la leyenda. No es menester colocarla sobre un alto pe-

destal, pero tampoco arrojarla un airado anatema: la cólera no es la justicia. Es mujer como todas las mujeres. Su arte la arroja al mar de las pasiones, pero al mismo tiempo la detiene al borde de los abismos. Entre las comediantas hay madres de familia dignas de hilar la blanca lana de las matronas romanas. Hay, sin duda, entre ellas algunas con las apariencias de las cortesanas; pero entre las unas y las otras hay muchas jóvenes buenas, que no hacen más que matrimonios de comedia, consagrándose al teatro sólo por el teatro, sin querer poner jamás en escena la mujer galante. Certes, Mars, Dorval, Plessy, Rachel, Rosa Cherie, las tres Brohan, veinte más, si fuéramos á buscarlas en épocas pasadas, no han aspirado al arte dramático más que por el mismo arte dramático: ¡cuántas contemporáneas, como Sara Bernhardt, mantienen aún esta hermosa tradición de amar el arte por el arte!

Tengamos cuidado, sin embargo, de que

los libelistas no hagan creer en la renuncia voluntaria de los derechos de todas esas mujeres, que son el orgullo de la escena francesa, y que no se abandonan á sus ardientes pasiones más que tantas aventureras que van con la frente muy alta. El mundo es más severo con ellas porque, viviendo á la luz del día, no ocultan nada de su existencia (1).

Por un sentimiento de justicia escribo este libro. En él se encontrará la verdadera comedianta, en las aspiraciones del talento,

(1) Todas aquellas buscadoras de ideales que tienen algunas veces por realidad, como diría Molière, se elevan demasiado á las nubes para conformarse á convertirse en la tierra en virtuosas vulgares. ¿Es, pues, culpa suya si Dios, ó la naturaleza, por no remontarnos tan alto, las ha dotado del vértigo que les hace ir siempre en busca de lo imposible, de lo desconocido, de lo infinito? Esos cometas perdidos no pueden aclimatarse en nuestra fría atmósfera, donde la razón está siempre á un grado bajo cero. Esta es la historia de tanta actriz como ha desaparecido, no pudiendo llegar á su zenit, aunque el entusiasmo las arrastraba, porque han querido llegar recorriendo otros caminos lejanos del verdadero. Esta es la historia de tantos primeros premios del Conservatorio, desterrados por su indómito carácter de los teatros adonde les llamaba su destino.

en sus pasiones, en sus ideales, en sus cóleras, en sus lágrimas, en todo lo que forma el *yo* en esta mujer, tres veces mujer.

Conozco muy bien á la comedianta en las altas virtudes del arte y del espíritu. Si la pinto mal, falta será de mi paleta.

Es inútil, cuando se escribe un libro, estampar la palabra *moralidad*, porque las más bellas frases no pueden probar la moralidad cuando ésta no existe. Espero, pues, que mi pensamiento habrá sido comprendido. El arte dramático es un gran arte, puesto que entre nosotros Corneille y Molière, esas dos cariátides del teatro, son los eternos dueños del genio francés. Cualquiera que sea la obra que se ponga en una escena de París, el espectador adquiere una luz nueva y mejor sentido, porque hasta la alegría tiene su virtud. No es menester, pues, que las injurias de la pluma hieran á esa multitud de artistas que pasan su vida en las tablas. Ni el estrellado traje de la comedianta, ni el péplum de la trágica, deben

ser manchados por la corrosiva tinta de la calumnia.

Refiero la vida de una gran artista, que fué honra del teatro; pero que al mismo tiempo fué calumniada en su carácter y en sus pasiones. Si se reflexiona en su origen, si se mide el camino que recorrió, si se cuentan todas las decepciones por que la hicieron pasar sus contemporáneos, no reconocerá nadie derecho á ninguna de las más renombradas aventureras para arrojarle la primera piedra. Lo mismo que ellas, Esther ha sido distinguida por el Eterno, pues ha dado al mundo dos hijos que llevan, el uno en la diplomacia y el otro en el ejército, muy alta y firme la bandera de Francia. No habría una sola persona que en el último juicio no la saludara bajo su sudario, al recordar que, después de una vida abrasada por el entusiasmo del arte, había muerto al cabo sacrificándose por la fortuna de su familia y de sus hijos. Razón ha tenido Clesinger al erigirle dos estatuas, representán-

dola bajo la figura de la Comedia y de la Tragedia. Debía haberla representado también bajo la forma de la Mujer.

Según Alejandro Dumas, «la *comedianta* es la *mujer*. Donde no exista la *mujer*, no habrá jamás *comedianta*.» Alejandro Dumas hablaba de Mad. Pasca; ¡qué no hubiera dicho de Mlle. Esther, pudiendo juzgar en ella á la comedianta, lo mismo en su vida privada que en la escénica (1)!

(1) Teodoro de Bauville, este crítico poeta, es decir, ese crítico vidente, nos pintó á Raquel como mujer y comedianta, al decir:

«Su naturaleza era la más prodigiosa, no fué ni Herminia, ni Phedra, ni Thisbe: fué esa obra maestra digna de Gavarni y de Balzac: fué Raquel Parisiense.»

¿Cómo aquella niña, que tocaba la guitarra por las calles, había aprendido las distinguidas maneras de las duquesas?

Este es el secreto de aquel que transforma á su antojo una y cien veces la tierra de nuestro suelo, para quien es un juego el convertir en gran señora á la primera muchacha de manos ennegrecidas y enmarañada cabellera que juguetea en medio del arroyo.

Raquel podía, bien cubrirse de joyas, ó bien vestir el más modesto traje; pero, de todos modos, siempre dominaba en ella la más alta distinción, imperiosamente dominante, en la que se revelaba, lo mismo que en su gracia, lo que es superior á todos los seres creados: la dama parisiense.

¡La mujer! Nunca existió ninguna tan adorable, tan seductora, como cuando exclamaba :

¡Si he seducido á Cinna, también seduciré á otros!

Un estremecimiento de amor recorría toda la sala. Sus grandes ojos abrasaban todos los corazones con sus miradas de fuego: ninguno resistía á sus triunfos.

Julio Janin ha dicho, juzgando á Esther: «La muerte tiene la corona suprema de los seres escogidos; está más cerca de la misma vida que la inmortalidad.» Otro más antiguo que Julio Janin ha dicho: «Los muertos viven.» Pero es menester, sin embargo, que los vivos alcen aquí y allí el frío sudario del olvido. Esto es lo que hoy día hago yo con piadosa mano.

Esther me decía: «Si los escritores de crónicas escandalosas trataran algún día de reseñar mi vida, podéis referirles toda su sencillez. Sabéis muy bien que no he sido educada en el Sagrado Corazón, y que, sin

embargo, las que se educan allí no son ciertamente mejores, puesto que yo me perjudicaré á mí misma, mientras que muchas de esas señoritas pasan por el matrimonio tan sólo para hacerle traición.»

He adoptado la forma de la novela en ciertos capítulos, porque es más amena, tanto para el lector, como para el autor, aun siendo ambos apasionados de los estudios serios; pero también porque en la vida privada, el novelista se apodera mejor que el historiador de las diversas expresiones de la verdad. La historia es demasiado solemne y sobrado gran señora para descender á la minuciosidad de los detalles. Suprime los rasgos del carácter á fuerza de querer analizarlo, y la energía de la palabra á fuerza de querer didactizar y sintetizar. En la vida familiar la *mise en scène* y la acción dramática deben ser reproducidas en toda su curiosidad pictórica. El tiempo de las frases pasó ya. No vale tanto un buen período final como una pala-

bra que brota del corazón ó del talento.

En una narración sin pretensiones, hay siempre más expresiones afortunadas que en una página académica. Cuando Mad. Dubarry dijo á Luís XV : «*La France, ton café f... le camp,*» pintaba con una sola palabra todo un reinado. Es verdad que no estaba en Fontenoy.

AR—H—YE.

LIBRO PRIMERO.

Una estrella que aparece.